

Conflictos y liberación de energía

Los movimientos antipantano y la reinención de los Pirineos

JOSÉ ÁNGEL BERGUA AMORES
 Profesor titular de sociología
 Universidad de Zaragoza
 jabergua@unizar.es

RESUM: CONFLICTES I ALLIBERAMENT D'ENERGIA. ELS MOVIMENTS ANTIPANTÀ I LA REINVENCIÓ DELS PIRINEUS

El conflicte de l'aigua té a veure amb la col·lisió de diversos punts de vista en diferents fronts de discussió. Els ecologistes discuteixen el contracte natural modern, l'aragonesisme no està d'acord amb l'actual contracte nacional i els moviments antipantà estan en contra de les relacions que les ciutats han establert amb els pobles des dels inicis de la Modernitat. L'article suggereix que, en concret, els moviments antipantà semblen voler discutir la condició objecte que s'ha adjudicat als Pirineus. També es fa referència als intents de reinventar uns Pirineus que siguin subjecte. Finalment, es parteix de la condició híbrida dels activistes antipantà per mostrar altres formes de relació entre les ciutats i els pobles.

Paraules clau: conflicte social, hibridacions, aigua, muntanya.

RESUMEN: CONFLICTOS Y LIBERACIÓN DE ENERGÍA. LOS MOVIMIENTOS ANTIPANTANO Y LA REINVENCIÓN DE LOS PIRINEOS

El conflicto del agua tiene que ver con la colisión de distintos puntos de vista en diferentes frentes de discusión. Los ecologistas discuten el contrato natural moderno, el aragonesismo no está de acuerdo con el actual contrato nacional y los movimientos antipantano están en contra de las relaciones que las ciudades han entablado con los pueblos desde los inicios de la Modernidad. El artículo sugiere que, en concreto, los movimientos antipantano parecen querer discutir la condición objeto que se le ha adjudicado a los Pirineos. También se hace referencia a los intentos de reinventar unos Pirineos que sean sujeto. Finalmente, se parte de la condición híbrida de los activistas antipantano para mostrar otros modos de relación entre las ciudades y los pueblos.

Palabras clave: conflicto social, hibridaciones, agua, montaña.

ABSTRACT: CONFLICTS AND ENERGY RELEASE. THE MOVEMENTS AGAINST THE CREATION OF A WATER RESERVOIR AND THE REINVENTION OF PYRENEES

The Water Conflict has three spaces of discussion. First, ecologists discuss about the modern natural contract. Second, a certain nationalistic feeling doesn't agree with the modern natural contract. And third, the anti-dams social movements fight against the relations between villages and cities that Modernity has founded. The paper suggests that this social movements want to discuss the role of object that Pirineos have been put in by Modernity. We will also explain that social movements seem to want to re-invent the Pirineos as a subject. Finally, we will show the hybrid condition of militants in order to demonstrate that there is another kind of relations between cities and villages.

Key words: social conflict, hybrids, water, mountain.

INTRODUCCIÓN

Desde un punto de vista cultural, los conflictos tienen que ver, en general, con la colisión de puntos de vista diferentes que brotan, cada uno, de distintos complejos ideoafectivos. Tales complejos proporcionan una primera base de inteligibilidad al mundo. Sobre esa base suelen elaborarse discursos con argumentos de tipo científico, jurídico, político, etc.

Aunque todos los actores que intervienen en los conflictos puedan tener sus propios complejos ideoafectivos, es probable que alguno de esos actores no haya logrado elaborar un discurso propio. Esto es debido a que, como lo social está atravesado por relaciones de poder, los actores más poderosos impondrán su visión del mundo a los actores más débiles. El orden social, con su correspondiente conciencia o sistema de valores, suele ser el resultado de estas violencias simbólicas.

Sin embargo, del mismo modo que en el ámbito individual la conciencia puede experimentar fisuras que permiten la “anamnesis” de otras maneras de ver la realidad, con los conflictos sociales también se liberan interpretaciones del mundo que habían quedado reprimidas. Y si individualmente el sujeto sólo puede recuperar su “salud” psíquica si es capaz de integrar lo reprimido en un nuevo orden consciente, en el ámbito social el conflicto sólo podrá resolverse si un nuevo orden integra el punto de vista de los actores que no aceptan la interpretación oficial e instituida del mundo. Este nuevo orden será provisional pues, como cualquier estabilidad, se apoya en represiones y exclusiones, aquello que haya quedado reprimido siempre se resistirá al orden. Su insistencia demostrará que cualquier orden es siempre inconsistente.

El problema es que, aunque los actores que se rebelan sientan que rechazan el mundo instituido, quizás no sepan muy bien argumentar qué otra cosa quieren. Esto es así porque la relación de dominación, al haber impuesto una interpretación de la realidad, con sus correspondientes argumentos, habrá generado el hábito intelectual de no ver más allá de ellos. En el límite, es posible que una relación de dominación acabe no sólo con las otras interpretaciones de la realidad sino con los mismos complejos ideoafectivos. En estos casos lo único que sostendrá la confrontación será algo parecido a un instinto de negación, una rabia inargumentable que sólo sabe decir “no”. Desde este impulso será posible, con el tiempo, imaginar otros mundos y amueblar esas visiones con distintas clases de argumentos. Sin embargo, este trabajo es costoso.

Lo que ha sucedido con el conflicto del agua encaja en lo que se acaba de exponer. Desde que a comienzos de los años noventa el anterior gobierno socialista propusiera su anteproyecto de Plan Hidrológico Nacional (PHN) se desencadenó un conflicto que excedía el asunto del agua pues tenía raíces más profundas y afectaba a muchas más cosas. Ese conflicto era en realidad triple pues tres fueron los actores que, de distintos modos y por diferentes motivos, se opusieron a los planes de la Administración. Según la experiencia del conflicto que hemos tenido en Aragón esos tres actores son el movimiento ecologista, cierto aragonesismo que ha hecho suyo el Gobierno de la Autonomía aragonesa y los movimientos antipantano de los Pirineos. Aunque parezca que hablan del agua, la discusión que protagonizan apunta a ciertos pilares fundacionales de la modernidad: el contrato natural, el contrato nacional y las relaciones entre ciudades y pueblos. En relación a estos pilares, se han elaborado argumentos contrapuestos que brotan de diferentes bases imaginarias. Como comprobaremos, en el caso de los movimientos antipantano los argumentos son débiles y la base imaginaria inexistente. Sin embargo, hay motivos para ser optimistas.

EL CONTRATO NATURAL

Para los ecologistas, el problema de fondo en el conflicto del agua es la filosofía que ha inspirado los sucesivos planes hidrológicos a la hora de definir las relaciones entre la sociedad y la naturaleza. No deben ser parasitarias –sugieren los ecologistas– sino simbióticas.¹ Es decir, no se debe tomar todo de la naturaleza sin devolver nada sino que se debe devolver tanto como se toma.

El intercambio desigual que denuncian los ecologistas forma parte del orden moderno. En las sociedades premodernas y, en especial, las primitivas, no hay tanta exigencia de orden interno así que el desorden natural producido es mínimo: los niveles de desorden o entropía son, dentro y fuera, para el sistema y el ecosistema, tolerables. Eso se debe a que son sociedades no acumulativas pues practican el principio de intercambio tanto en el interior de la comunidad como con la naturaleza y los dioses. En cambio, en las sociedades acumulativas, con la sustitución de la reciprocidad por la deuda, las

1. SERRES Michel, *El contrato natural*, Pre-Textos, Valencia, 1991.

relaciones entre los hombres y con la naturaleza se jerarquizarán de un modo estable e irreversible. Como consecuencia de la ruptura de la reciprocidad el creciente orden interno provocará cada vez mayores desórdenes externos.

Fuera de la modernidad nos encontramos con modos de tratar con la naturaleza menos violentos. La tradición china, por ejemplo, aplica el *wu wei*, un principio que recomienda “no hacer” siguiendo la línea de menor resistencia o esperando el momento del retorno. Las artes marciales, la agricultura basada en las periódicas crecidas de los ríos o el aprovechamiento de las energías eólica, mareomotriz y solar, podrían ser algunos ejemplos prácticos, antiguos y contemporáneos, de esta máxima. El modo de lograr la eficacia es pues en la cultura china bien distinto al nuestro. No se trata de forzar que las cosas sucedan sino de aprovechar su *che*, su “potencial de disposición”.²

También en la premodernidad occidental la voluntad de dominio proyectada sobre la naturaleza era menos violenta de lo que lo es hoy. Así, por ejemplo, la labor de herreros, metalúrgicos y mineros solía estar rodeada de rituales de purificación por entenderse que se aceleraba el proceso de maduración natural de los minerales.³

Los ecologistas pretenden desbordar la modernidad y reconciliar lo social y la naturaleza. En el caso concreto del problema del agua sugieren medidas que pasan por una política hidráulica que incida no en la oferta (la mayor disponibilidad de agua) sino en la demanda y en la gestión. Estas sugerencias forman parte de la denominada Nueva Cultura del Agua, impulsada por Pedro Arrojo,⁴ flamante Premio Goldman el año 2004, profesor de Economía en la Universidad de Zaragoza y activista en distintas luchas desde el final del Franquismo. Afortunadamente para el ecologismo, tanto la Unión Europea como el actual Ministerio de Medio Ambiente español tienen hoy ideas

2. JULLIEN François, *La propensión de las cosas. Para una historia de la eficacia en China*, Anthropos, Barcelona, 2000.
3. ELIADE Mircea, *Herreros y alquimistas*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
4. ARROJO Pedro, *El Plan Hidrológico Nacional: una cita frustrada con la historia*, RBA, Barcelona, 2003, pp. 187-198. Para Arrojo, los objetivos de la Nueva Cultura del Agua son: establecer el derecho al agua como un derecho humano más, preservar el derecho de las comunidades ribereñas a sus territorios y al uso sostenible de los ríos, cambiar la cultura de la explotación por la de la sostenibilidad, preservar los últimos ríos escénicos y salvajes, recuperar el buen estado de ríos, lagos y humedales, renovar el concepto de interés general y de dominio público desde el paradigma de la sostenibilidad, racionalizar los usos productivos del agua desde una perspectiva económica y revisar el sistema concesional de aprovechamiento de los ríos.

similares. De modo que el ideario ecologista ha logrado hacerse un hueco en el punto de vista oficial.

¿QUÉ ES ESPAÑA?

Pasando al aragonesismo, representado por esas 400.000 personas que inundaron el 8 de octubre de 2000 las calles de Zaragoza pero que ya antes, en 1993 y en los años setenta, salió también a oponerse a planes trasvasistas similares, aunque es más difícil descifrar su punto de vista, parece que hay un complejo ideoaectivo ampliamente compartido. Es el sentimiento de que el Ebro forma parte de las entrañas identitarias de Aragón. Para este aragonesismo el Ebro es un símbolo de identificación equiparable a la Virgen del Pilar. A partir de él se ha levantado un discurso que sugiere redimir el árido y sediento centro de Aragón con las aguas del Ebro y de sus afluentes. Así que el agua es la sangre de Aragón, su fuente de vida. Por eso cualquier trasvase es innegociable. Este complejo ideoaectivo data de principios de siglo, tuvo en Costa a su principal valedor y desde entonces ha sido argumentado y cantado en numerosas ocasiones. Curiosamente, los mormones comenzaron a impulsar en California la construcción de pantanos en la misma época y con referencias religiosas similares a las utilizadas por Costa aquí.⁵

Las medidas propuestas para resolver el problema del agua desde este aragonesismo están en gran medida recogidas en el Pacto del Agua (PA) de 1992. Aunque algunos lo dan por muerto otros no cesan de reclamarlo. En él se dio por seguro un incremento de la demanda de agua para regar 350.000 nuevas hectáreas así como un aumento de las reservas estratégicas de agua para consumo urbano e industrial. Para solucionar ambos problemas se sugirió regular prácticamente la total aportación media de los ríos nacidos en Aragón.

Como denuncian los ecologistas, la filosofía que inspira el Pacto del Agua no difiere sustancialmente de la que ha andado detrás de los planes elaborados en Madrid. Es una filosofía trasvasista. Si en el segundo caso se sugiere trasvasar aguas de la cuenca del Ebro al Mediterráneo, en el primero se propone llevar las aguas de la montaña al llano. Por lo tanto, lo único

5. ARROJO Pedro y NAREDO José Manuel, *La gestión del agua en España y California*, Bakeaz y Coagret, Bilbao, 1997.

que cambia es el ámbito territorial de aplicación. Si en el caso del PHN es el marco del Estado-nación español, en el del PA es el marco correspondiente a la comunidad autónoma de Aragón.

El aragonésismo de nuestras autoridades resulta bastante antipático porque su idea de Aragón parece privilegiar el árido y sediento centro que circunda la ciudad de Zaragoza extendiéndose a una parte del sur de Huesca y a otra parte del norte de Teruel. Labordeta cantaba esta celebrada idea de Aragón en una canción (“Aragón”). Sus primeros versos eran éstos: “polvo niebla viento y sol, / donde hay agua una huerta, / al norte los Pirineos, / esta tierra es Aragón.” Está claro que este Aragón de polvo, niebla, viento y sol está visto desde los alrededores de Zaragoza. Por eso Teruel ni se menciona y los Pirineos aparecen allá, a lo lejos, en el norte. Para esta versión de Aragón, la construcción de pantanos en los Pirineos para trasvasar sus aguas al llano es puro sentido común.

A partir de esta idea de Aragón y teniendo en cuenta que el arco mediterráneo pretende las aguas que Zaragoza considera suyas, ha habido quienes han denunciado la explotación o intercambio desigual propiciados desde Madrid. De esta crítica se ha solido pasar a una reflexión sobre la capacidad de decisión y soberanía que tiene y/o debe corresponderle a Aragón. Por lo tanto, más allá del agua, el problema de fondo al que se alude en este frente de discusión es cómo interpretar el contrato nacional que relaciona a los distintos territorios que forman el Estado-nación español. Más exactamente hasta dónde y cómo llega España, asunto al que no cesa de dársele vueltas desde hace dos siglos...

Pero Aragón, Catalunya y Euskal Herria, cada una a su manera, no sólo cuestionan la idea oficial o instituida de España. Lo que realmente es objeto de controversia es el Estado-nación, una de las piezas clave del orden moderno. Este modo de organizar lo social parte, entre otras cosas, de la inevitabilidad de un centro que organice la relación entre los distintos territorios. En este sentido, el enemigo del Aragón oficial no es tanto Murcia o Valencia como Madrid, el centro donde se toman las decisiones. Si ese centro no existiera, el arco mediterráneo debería hablar directamente con Aragón. A ese escenario sin centro ni vértice parece apuntar el aragonésismo. Sin embargo quienes lo gestionan no hablan así. Prefieren ocupar una posición victimista y solicitar la protección de Madrid.

LOS MOVIMIENTOS ANTIPANTANO

Ecologistas y aragonesistas tienen claro lo que quieren y disponen de potentes teorías que permiten explicar bastantes cosas. El agua es sólo una de ellas. En el fondo, los ecologistas proponen discutir el contrato natural que debe relacionar a la sociedad y a la naturaleza. Por su parte, el aragonesismo, aunque no de un modo tan claro, parece querer discutir el contrato nacional que vincula a los territorios que forman parte del Estado-nación español. En ambos frentes se denuncia que los actuales contratos se basan en el intercambio desigual.

Si pasamos de las críticas ecologistas y aragonesistas a las que plantean los afectados por la construcción y recrecimiento de embalses, solicitados tanto por quienes demandan el trasvase del Ebro como por los defensores del Pacto del Agua, es fácil comprobar que no hay una teoría tan potente ni una tan clara contextualización del problema del agua. Por eso se han ido tomando los argumentos que iban apareciendo según avanzaban los conflictos. Se trata de argumentos que subrayan los defectos técnicos de los proyectos (como sucedía en Santaliestra). Hay también argumentos que ponen de manifiesto su irracionalidad económica gracias a análisis coste/beneficio realizados por especialistas (como pasa en Biscarrués). Se proponen igualmente argumentos jurídicos relativos a procedimientos, plazos, etc. no respetados (como ocurre con Yesa). Se alude también al daño que se causa a parajes pintorescos o a hábitats de especies protegidas (como sucedió con Jánovas). Y hay, por último, en todos los casos, argumentos relativos al impacto sobre casas, pueblos y comarcas.

De todos estos argumentos los últimos son los que más interesan a los afectados. Sin embargo, son los más difíciles de defender debido a que no son considerados moralmente ni tienen cobertura legal. En efecto, los proyectos de construcción y recrecimiento de embalses consideran inevitable que los montañeses padezcan alguna clase de afección que ha de repararse económicamente o propiciando el traslado de las gentes a otros lugares. La interpretación de los intereses de los afectados en términos económicos y la posibilidad de desplazarlos hacen que la afección social no sea algo grave. De hecho es un problema menor que el que plantea la afección medioambiental. En efecto, como a los parajes y especies no se les puede desanclar económica ni físicamente, cualquier afección que puedan padecer podrá servir como argumento para invalidar una obra pública. Esto es así desde que a mediados de

los años ochenta se convirtiera en obligatoria la elaboración de informes sobre impacto ambiental. Pues bien, probablemente lo que los afectados desean es que la afección social contra la que protestan sea valorada del mismo modo. En concreto, que su hábitat no sea considerado exclusivamente según su valor de cambio económico y que ellos mismos no sean tratados como objetos que se pueden llevar de un lugar a otro. El problema es que, hoy por hoy, aunque quiera discutirse en profundidad, el impacto social causado por un embalse es inargumentable. De eso no se puede hablar. No cabe en la realidad definida moralmente y codificada legalmente por la Administración.

Sin embargo, esta evaluación está cambiando. La comisión Mundial de Embalses, creada al amparo del Banco Mundial, ha observado con preocupación el hecho de que en los últimos 50 años entre 40 y 80 millones de personas hayan sido desplazadas por culpa de los embalses. La Comisión sugiere tomarse más en serio este impacto utilizando un enfoque basado en el respeto de los derechos humanos y una amplia evaluación de los riesgos.⁶ Más lejos apunta aún la Directiva Marco de Aguas de la Unión Europea. Del mismo modo que se viene haciendo ya en Estados Unidos con las agencias medioambientales, se sugiere un largo e intenso debate entre todas las partes implicadas para consensuar obras públicas tan ambiciosas y polémicas como las que contemplaba el PHN. En California, como consecuencia de este debate, la política constructora de embalses ha sido abandonada definitivamente. Hoy, en lugar de construir embalses, se están quitando los que ya había.

He dicho que los afectados no tienen una filosofía que trate en profundidad el problema del agua y lo relacione con otros asuntos del mismo modo que sucede con el ecologismo y el aragonismo. He dado pues a entender que a los afectados les falta una conciencia clara de cuáles son sus intereses que le permita enfrentarse al punto de vista de la Administración argumentando más claramente el impacto social. Sin embargo, esto no es del todo cierto.

6. Michael Cernea (antropólogo y sociólogo que ha trabajado para el Banco Mundial desde 1974 a 1997 ejecutando planes de desarrollo con metodologías participativas) ha criticado las políticas de reasentamiento de poblaciones desplazadas (algunas debido a los embalses) por basarse en una teoría y práctica de la compensación débil, una valoración de las pérdidas arbitraria, un análisis coste-beneficio inadecuado y una falta de análisis específicamente sociológicos y antropológicos. Sus análisis socioculturales convergen con los económicos de Ravi Kanbur. Véase: CERNEA Michael y KANBUR Ravi, "An exchange on the Compensation Principle in Resettlement", en *Working Paper*, 2002-33, Cornell University, Department of Applied Economics and Management, 2002.

Poco a poco, a medida que van avanzando los diferentes conflictos, se están lanzando valoraciones que interpretan los intereses de los montañeses de un modo cada vez más consistente y que afectan a más problemas. Es como si los conflictos hubieran tenido el efecto catártico de despertarles y hacerles ver el mundo, no sólo el problema del agua, de un modo nuevo.

Estas valoraciones están en gran medida resumidas en el Manifiesto por la Dignidad de la Montaña presentado el 1 de mayo de 1999 en Boltaña por la ya desaparecida Asociación Río Ara (contraria al embalse de Jánovas) y suscrita por el resto de asociaciones antipantano pirenaicas, los ayuntamientos y mancomunidades altoaragonesas y más de un centenar de asociaciones, entre ellas COAGRET. Probablemente estas valoraciones necesiten tiempo y reflexión para convertirse en un discurso. Y quizás falte mucho todavía para que, una vez producido, sea tan potente como los de los ecologistas y aragonesistas. Sin embargo, el camino ya ha comenzado a ser andado. Una prueba de ello es el paro que protagonizó el Pirineo oscense el 25 de octubre del año 2000 para oponerse a los cuatro grandes embalses proyectados. En Jaca se concentraron 5.000 personas y 1.000 más en Sabiñánigo, Ayerbe, L'Ainsa, Graus, etc.

LA EXPLOTACIÓN DE LA MONTAÑA

Dice el manifiesto que “durante todo el siglo, en temas relacionados con el agua, la montaña ha sido puesta al servicio de un interés general que, en muchos casos, no ha sido tal”. Se afirma también que “es hora de posibilitar el desarrollo sostenido de la montaña, de ir subsanando esa deuda con la historia”. Las dos frases muestran que estamos ante una posición argumental victimista. Pero al mencionarse la existencia de una deuda se supone que debe haber detrás de ella, del mismo modo que denuncian los ecologistas en el contrato natural y los aragonesistas en el nacional, un intercambio desigual, una explotación. Aunque no se diga expresamente yo creo que se acusa implícitamente a la ciudad de beneficiarse de esa explotación.

Es probable que en la premodernidad los estilos de vida de los pueblos e incluso su misma cultura fueran muy importantes en las ciudades. Quizás en aquella época las relaciones oficiales o instituidas entre los pueblos y las ciudades estuvieran más cerca de la cohabitación. Téngase en cuenta que hasta la industrialización las ciudades tuvieron un tamaño más bien modesto. La gran Babilonia no pasó de los 100.000 habitantes y en su máximo esplendor

Atenas sólo tuvo 50.000. Con tales tamaños y el predominio de actividades agropecuarias no es arriesgado asegurar que las ciudades y su entorno de pueblos tuvieron relaciones de acoplamiento y cohabitación.

Sin embargo, con la modernización, las relaciones que tendieron a imponerse fueron las de la distinción y explotación. Williams ha descrito el proceso así: “Una ciudad come lo que sus vecinos del campo cultivan. Y puede hacerlo a cambio de los servicios que ofrece en las esferas de la autoridad política, la ley y el comercio a quienes están a cargo de la explotación rural... Pero luego, los agentes de poder y las utilidades llegan, por así decirlo, a alienarse y por encima de la explotación entrelazada se desarrolla lo que podría entenderse como una explotación de hecho del campo en su conjunto por parte de la ciudad en su conjunto”.⁷ Ibáñez también se ha referido a la explotación del campo pero la ha entendido de otro modo y la ha descrito más clara y contundentemente: “La ciudad es una fábrica de mierda. Receptora de alimentos y emisora de excrementos. El campo —por el contrario— es emisor de alimentos y receptor de excrementos. Así de sencillo”.⁸

Ibáñez no exagera tanto como parece. Se ha calculado que una ciudad de 1 millón de habitantes necesita 1.800 toneladas de alimentos y 567.000 de agua.⁹ La primera ciudad del mundo en llegar a esa cifra de habitantes fue Londres y lo hizo en 1820. Desde entonces el tamaño de las ciudades ha crecido exponencialmente. En los últimos 50 años, México DF y São Paulo han multiplicado el volumen de su población por 8 y por 10 respectivamente. Actualmente hay en el mundo más de 20 megaciudades que superan los 10 millones de habitantes. Este crecimiento de la población urbana sólo ha podido realizarse a costa de los pueblos. En concreto, como dice Ibáñez, tomando de ellos cada vez más alimentos y haciéndoles llegar cada vez más mierda.

En Huesca la explotación de los pueblos por la ciudad está presente en el Plan de Desarrollo elaborado para la provincia en 1961.¹⁰ En el apartado referido a la vivienda, aunque la población urbana fuera tan sólo el 11% del

7. WILLIAMS Raymond, *El campo y la ciudad*, Paidós, Barcelona, 2002, p. 80.

8. IBÁÑEZ Jesús, “Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad”, en *Política y Sociedad*, 8, 1991, p.98

9. RIFKIN Jeremy, *La economía del hidrógeno*, Paidós, Barcelona, 2002, p. 200.

10. CUESTA José María, *La despoblación del Sobrarbe. ¿Crisis demográfica o regulación?*, CEDDAR, Zaragoza, 2002, pp. 390-397.

total, se sugirió para ella la construcción del 70% de viviendas nuevas de toda la provincia. Este aumento tan espectacular previsto para las ciudades no tuvo sólo que ver con la natural tendencia de éstas a crecer y de los pueblos a despoblarse. Hubo también bastante interés político en el impulso de este desarrollo desigual. El mismo plan propuso reducir en un 25% la población agrícola, unas 28.000 personas activas que vivían, la mayor parte de ellas, en la mitad norte de la provincia, justo el lugar en el que se encuentra la comarca del Somontano. Y en cuanto a los pueblos incomunicados (168 en total), no se propuso solucionar su situación sino que el Patrimonio Forestal del Estado (PFE) los comprara para su repoblación forestal y ganadera. El 68% de los pueblos que se calificaron como de inminente desaparición se sugirió que debían pasar a formar parte del PFE. ¿Cuáles fueron los criterios que se siguieron para decretar la muerte y supervivencia de los pueblos? Pues los económicos, ya que se comparó la productividad y rentabilidad de las actividades tradicionales con las que aportaban la forestación e incluso los embalses. Como dice Cuesta, esta política estatal tiene como base un objetivo: “la explotación de los recursos del espacio periférico debe pasar al proceso general de apropiación y producción del centro”.¹¹ El resultado de este intercambio desigual es que, en Aragón, sólo las comarcas de las tres capitales de provincia han ganado población, tienen una pirámide de población más joven, también hay más mujeres y disponen de una renta *per capita* superior a la media. En fin, que los pueblos son puestos al servicio del desarrollo de las ciudades. A partir de esta realidad se entiende el lamento de un ilustre pirenaico, Henri Lefebvre: “(...) esas materias primas, esas energías, esas gentes, se van lejos (...) Ese más allá pesa terriblemente”.¹²

LOS PRIMEROS PIRINEÍSTAS

Profundicemos en la relación de dominio descubierta continuando la radicalización de otra idea contenida en el Manifiesto por la Dignidad de la Montaña. En concreto, la denuncia de que, en el caso del río Ara, “nos encontramos con el proyecto de construir un embalse diez kilómetros al lado de un Parque Nacional”, el de Ordesa y Monte Perdido, uno de los más antiguos y extensos del Estado pues fue creado en 1918 y ampliado en 1982. La contradicción

11. *Ibid.*

12. LEFEBVRE Henri, *Pyrénées*, Editions Cairn, Pau, 2000, p. 40.

puede ser resaltada si tenemos en cuenta que en las inmediaciones del lugar que se proyectó para la presa de Jánovas hay más pantanos y parques.

En efecto, cerca de L'Ainsa está el pantano de Mediano y algo más abajo, también en el río Cinca, el de El Grado. Pero es que más arriba, en el corazón de Sobrarbe, hay tres pequeñas presas, con sus correspondientes canales y tuberías, utilizadas para obtener energía hidroeléctrica. Y no convendría olvidar las obras y canalizaciones realizadas, también con fines hidroeléctricos, en los ibones o lagos de las cumbres. Sobrarbe y otras comarcas pirenaicas hacen que la provincia de Huesca produzca el 69,3% de la energía hidroeléctrica de todo Aragón.

En cuanto a los parques no sólo está el de Ordesa y Monte Perdido. Desde 1981 tienen también los sobrabenses el de la Sierra de Guara, hoy paraíso de excursionistas y barranquistas. Pero es que, además, los macizos del Posets y la Maladeta, en los que se encuentran las más altas cumbres y el mayor glaciar del Pirineo, fueron convertidos en Parque Nacional en 1994.

No es una casualidad que convivan tan armoniosamente en el Pirineo la sobreexplotación (los embalses) y la sobreprotección (los parques). Ambas acciones derivan de la imagen que se tiene actualmente del Pirineo y que nace a finales del XIX. En efecto, en esa época descubren el Pirineo dos clases de gentes provenientes de las ciudades. Por un lado, las empresas hidroeléctricas y las sociedades de riego, ambas muy influyentes en Madrid, verán en el Pirineo un inmenso caudal de agua que se debe aprovechar. Por eso en 1888 se otorga una concesión de los ríos Ésera y Cinca a la Sociedad Canal de Aragón y Cataluña y algo más tarde, en 1917, se hará lo mismo con el río Ara. Por otro lado, en esa misma época, montañeros y excursionistas, principalmente franceses (Schrader, Wallon, Saint-Saud, Briet, Roussell, etc.), comenzarán a descubrir paisajes, recorrer caminos y coronar cumbres. Muchos de ellos, por ejemplo Lucien Briet, pasarán de la mera contemplación extática del Pirineo a sentir la necesidad de solicitar su protección. Estos aventureros son los antecesores del ecologista. Pero son también los precursores de ese turista que, cada vez más abundantemente, visita los valles y montañas pirenaicos. Tienen en común todos esos visitantes (el ecologista y el turista) el proceder de las ciudades.¹³

13. Evidentemente no son estos pirineístas los primeros en recorrer la Cordillera. En el siglo XVIII la moda del termalismo atrajo al Pirineo francés a bastantes urbanos acomodados y un

La pregunta es inevitable: ¿cuál es el origen de ese deseo de disfrutar y de ese interés proteccionista tan poderosos que vuelca el urbano, sea ecologista o turista, sobre la montaña? Pues seguramente deriva de la necesidad de liberarse de su exceso de civilización y de reencontrarse con una naturaleza de la que se siente alejado. Por eso ve en la montaña oscense parajes maravillosos y siente la necesidad de protegerlos y disfrutar de ellos. Sin embargo, esta romántica mirada proyectada por la ciudad sobre la montaña no ha existido siempre. Cuenta Eugenio Trías que a mediados del XVIII un viajero hablaba así de los Alpes:¹⁴ “esas formas caóticas carentes de gracia y de belleza, ese compendio de horrores y fealdades que son los Alpes con sus repugnantes extensiones nevadas, malformaciones irregulares y glaciares”. En cambio, apenas cien años después, en 1877, con las nuevas ciudades industriales mucho más alejadas de la naturaleza, el geógrafo francés Franz Schrader, nacido y educado en una gran ciudad (Burdeos), sentirá el deseo irrefrenable de explorar los Pirineos. Una vez allí describirá sus paisajes de un modo extremadamente poético:¹⁵ “sólo a los decoradores les aconsejaría que subieran un día al Cotiella... Estamos en el cielo mismo, todo es luz, transparencia y destello, surgen rayos de luz de cada llanura y de cada montaña, los ríos que discurren a lo lejos parecen regueros de fuego blanco”.

Como se ve, estos primeros pirineístas hablan extasiados de la naturaleza pero no dicen nada de sus gentes. Mejor dicho no dicen nada bueno. En otros textos de los seleccionados por Fernando Biarge comprobamos que mencionan despectivamente los chinches de las posadas, los olores a excrementos de las calles, la costumbre de guardar los animales en la planta baja de las casas y el hábito de comer rodeados de perros y gatos. Tampoco soportaban la suciedad de la vestimenta de hombres y mujeres, la manía de revolver la comida de los pucheros con los mismos instrumentos que se usaban para atizar el fuego, el uso de abundantes juramentos, el olor a aceite de oliva, etc. Está claro. Schrader, Briet y los demás no fueron a las montañas pirenaicas por

siglo antes algunos escritores y personajes ilustres habían estado en Cauterets, Bareges, Gavarnie, etc. En cuanto a las cumbres, Raymond de Carbonières sube por primera vez al Pic de Midi en 1787 y al Monte Perdido en 1802. Me informa Concha Martínez de que el interés por los Pirineos surge entre los franceses por oposición a los Alpes, el macizo montañoso oficialmente más querido y que ha dado lugar al término “alpinismo”.

14. TRIÁS Eugenio, *Lo bello y lo siniestro*, Ariel, Barcelona, 1998.

15. BIARGE Fernando (ed.), *Pirineístas franceses*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 2001.

sus gentes. Tampoco las compañías de riegos y las empresas hidroeléctricas pensaron mucho en ellas. A todos ellos, aunque por diferentes motivos, sólo les interesaba la naturaleza.

Hoy la mentalidad ha cambiado. A los turistas, descendientes de los viajeros de hace un siglo, no sólo les gustan los paisajes naturales. También les atraen los pueblos y la vida rural. Probablemente este interés surge después de haberse dado cuenta de que la relación de contigüidad con la naturaleza que querrían disfrutar la protagoniza de un modo espontáneo el habitante del medio rural¹⁶. Lo paradójico es que el “éxito” turístico de los pueblos ha llegado en un momento en el que los pueblos “reales” y el estilo de vida rural “real” prácticamente han desaparecido. En Sobrarbe, la comarca de los autores del manifiesto, la disminución de la población rural ha sido dramática y pasan de 100 los pueblos deshabitados. Hoy, aunque es la octava en extensión de Aragón, los 6.794 habitantes repartidos por sus 19 municipios la convierten en la tercera menos poblada. Su densidad de población, 3 habitantes por kilómetro cuadrado, no sólo es la más baja de las 33 comarcas de Aragón sino de toda Europa. Su ganadería también está desapareciendo. Según una información aparecida en el número 30 de la revista *Pirineos*, el 70% de los ganaderos censados en ovino están jubilados y se prevé que en los próximos 5 años el peso de esta actividad económica descienda un 40%.

LA PARADOJA DE LA MODERNIDAD

El que los urbanos se interesen por los pueblos en el momento en que están desapareciendo es ciertamente una paradoja. Más exactamente, forma parte del paradójico proceso de autoinstitución de la Modernidad. Por un lado, el orden social moderno se construyó dando protagonismo a las ciudades y favoreciendo la explotación de los pueblos. Sin embargo, desde

16. Es ese deseo el que ha permitido atraer al turismo y llenar los pueblos los fines de semana y vacaciones. En este sentido resulta revelador el hecho de que Sobrarbe y la comarca vecina de Ribagorza absorban el 32% de la oferta de alojamientos turísticos de Aragón. En concreto en Sobrarbe hay un alojamiento de esta clase por cada 28 habitantes. De todas formas, la llegada de urbanos ha sido más abundante en el resto de comarcas pirenaicas, históricamente más frecuentadas. Del año 2001 al 2003 se construyeron más de 5.000 viviendas (apartamentos y unifamiliares) y se espera que en 2006 se terminen creando 9.500 más. Sin embargo, eso no supondrá mucha revitalización para la montaña pirenaica pues las “nuevas” 30.000 personas que dispongan de casa, si se sigue la pauta de Jaca, sólo la ocuparán en torno una semana al año.

los orígenes mismos de la modernidad, el Pueblo, los pueblos y la cultura popular,¹⁷ siempre fueron imaginariamente considerados como la base misma del orden moderno.

Desde un punto de vista cultural, la modernización de la sociedad se inicia cuando las élites comienzan a ver con preocupación las prácticas culturales de las gentes, principalmente las de los pueblos. Quien primero dio ese giro fue la Iglesia.¹⁸ En efecto, entre 1550 y 1650 las jerarquías protestantes y católicas iniciaron durísimas rivalidades en la purificación de la fe de sus fieles.¹⁹ Sin embargo, el momento clave a partir del cual las élites comienzan realmente la represión y desmantelamiento de la cultura popular es la Revolución Francesa tras decidirse que la soberanía política debía residir en el “pueblo”. El principal instrumento que se propuso para civilizarlo fue la escolarización universal. Con ella se esperó que el pueblo real, representado sobre todo por la población rural, se pusiera a la altura del pueblo ideal. El resultado fue que el Pueblo adquirió importancia política a medida que la cultura de los pueblos concretos desaparecía.

Después de la Revolución Francesa y de la Escuela Universal apareció el interés por la tradición popular.²⁰ Este nuevo interés por el pueblo surge entre ciertas élites urbanas. A medida que la brecha entre las dos culturas fue creciendo, algunas personas instruidas, pero saturadas de civilización, comenzaron a ver las canciones, creencias y fiestas populares como exóticas, pintorescas, fascinantes, dignas de ser recogidas y registradas. Habían dejado de participar en la cultura popular pero estaban en el proceso de redescubrirla como algo exótico y por ello interesante. Estaban empezando a admirar al pueblo, aquél del que había surgido esa extraña cultura. Sin embargo, este interés de la ciencia social y de los románticos por coleccionar y archivar las prácticas populares no supuso ni mucho menos la salvación de la cultura popular sino su entierro definitivo.

17. Intento aprovechar el hecho de que en castellano (a diferencia de lo que sucede con el inglés y el francés) el término “pueblo” designa tanto el hábitat opuesto a la ciudad como la base de la soberanía política.
18. BURKE Peter, *La cultura popular en la Europa Moderna*. Alianza, Madrid, 1991, pp. 295 y ss.
19. El término “pagano” deriva de la raíz latina “pag-”, que significa “aldea”, “poblado”, y tiene que ver con la resistencia que los campesinos ofrecieron al cristianismo ya instalado en los centros urbanos.
20. BURKE Peter, *La cultura...*, pp. 362 y ss.

Estos folcloristas aceleraron también la conversión del pueblo en un recurso ideológico. En concreto, contribuyeron a dotar de contenido al abstracto pueblo alumbrado por la Revolución Francesa y apuntalaron así el Estado-nación moderno. Desde finales del siglo XVIII y a lo largo de todo el XIX, Herder y los hermanos Grimm en Alemania, Michelet en Francia, MacPherson en Inglaterra, etc. contribuyeron a ello.

Este paso también lo dieron las naciones sin Estado. Los promotores fueron élites urbanas que decidieron rememorar románticamente la cultura de sus ancestros o antepasados directos, la redescubrieron en los entornos rurales más vírgenes y procedieron a inventarse la nación de un modo muy parecido a como habían hecho antes las naciones que ya contaban con Estado. También en este caso utilizaron una memoria selectiva y focalizaron su imaginación en la lengua, la raza, algunas de sus costumbres, cierto pasado mitificado, etc.

En definitiva, los pueblos son el combustible espiritual del orden moderno²¹. Sin ellos las ciudades no habrían podido construir su sociedad. El problema es que ese combustible sólo puede obtenerse después de haber acabado material y espiritualmente con los pueblos. Por eso, el término “pueblo” sólo designa el lugar de una ausencia. La ciudad, por su parte, se encuentra en un callejón sin salida: aunque necesita seguir produciendo alma nacional cada vez tiene menos pueblos reales de los que alimentarse. Por eso, cuando los pueblos desaparezcan y sólo queden sus ruinas y simulacros, las ciudades morirán de inanición.

REINVENTAR LOS PIRINEOS

Dejemos de lado ese viejo orden moderno que va camino del suicidio y volvamos al Manifiesto por la Dignidad de la Montaña para encontrar soluciones. Algo que parece observarse también en él es que los montañeses quieren dejar de ser objetos (de explotación, de investigación, de inspiración ideológica y de disfrute estético) y posicionarse como sujetos. Eso es lo que parece cuando se afirma que “es hora de posibilitar el desarrollo sostenible

21. ¿Es esa la razón de que en el artículo 130.2 de la Constitución española se proponga “dispensar un tratamiento especial a las zonas de montaña”? ¿Sintieron los constituyentes que España estaba en deuda con las montañas y no con las costas y los llanos? ¿Pensaban quizás en Viriato y las montañas asturianas? ¿En ese caso, Aragón no debiera sentirse en deuda con sus Pirineos? ¿Y Catalunya? ¿Y Euskal Herria? ¿Y Occitania? En mi opinión, más allá de esas deudas, los Pirineos, con o sin sus lealtades nacionales, debieran tener su propia conciencia.

de la Montaña, de ir subsanando esa deuda con la historia. Y no sólo con el agua...”. No se dice cómo facilitar ese desarrollo que necesita la montaña y que va más allá de los problemas con los pantanos, pero se deduce que debe partir de sus habitantes y de su vínculo con el entorno, pues “montañés y montaña son dos caras de una misma moneda”. Pero se dice sobre todo algo muy importante, aunque confuso: “la montaña debe recuperar el futuro, no un pasado imposible”. Obsérvese cómo se mezclan dos argumentos contradictorios, lógicamente incompatibles. Por un lado, nos encontramos con un verbo, “recuperar” (provocar un reencuentro con algo que se perdió), cuyo sentido es invalidado cuando se dice que no debe volverse a “un pasado imposible”. Y por otro lado, se menciona como objeto de la recuperación “el futuro”. La confusa redacción de la frase quizás se deba a que no se sabe muy bien cómo decir que no se quiere regresar a un pasado, convertido por románticos y folcloristas en una especie de edad de oro mitificada, sino provocar el regreso o retorno de un pasado en el que la montaña fue autónoma, dueña de su destino (de su “futuro”). En el manifiesto no se llega a formular esto explícitamente pero, del mismo modo que sucede con el par Ciudad/ Montaña, la imagen de un Pirineo autónomo parece rondar por la mente de los autores del texto.

Se sugiere pues que el Pirineo protagonice su destino y no se limite a leer el que se ha escrito para él desde la ciudad. Es cierto que parece que estamos ante un gesto esencialista, romántico, de retorno a los orígenes. Sin embargo, esto no debe alarmar a nadie pues todos los movimientos sociales (ecologistas, feministas, étnicos, homosexuales, pacifistas, etc.), de un modo u otro han obtenido fuerza para afirmarse rescatando de la historia ejemplos con los que legitimarse e inspirarse. Y todos ellos reconocen, aunque quienes los critican lo oculten, que ese espejo histórico en el que han decidido mirarse no puede ni debe ser actualizado. Por eso en el manifiesto se prohíbe retornar a un “pasado imposible”. Este ejercicio de memoria colectiva con el que se quiere regresar a los orígenes da la impresión de que se debe hacer no para quedarse en él sino para volver cargado de ilusión.

No sólo los redactores del manifiesto creen necesario echar un vistazo al pasado montañés. En términos épicos la Ronda de Boltaña habla en un himno, “El país perdido”, de la necesidad de despertar a los antiguos guerreros y santos de la Edad de Oro de Sobrarbe. Por otro lado, un conocido activista que luchó contra el pantano de Campo, Bienvenido Mascaray, lleva tiempo

investigando e interpretando la toponimia ribagorzana intentando que esa tierra se reencuentre con sus orígenes.²² Un gesto idéntico es el protagonizado por el etimólogo aficionado que en Boltaña conocen como Dr. Pla.²³ Podrían ponerse más ejemplos pero sólo me detendré en uno más. Se trata del pasado despertado por un nativo de Ansó, Gorriá Ipás, afincado en Zaragoza.²⁴

Hace un tiempo defendió una tesis doctoral en la que daba cuerpo a una observación expuesta por un historiador francés de principios de siglo. Se trata de la constatación de que del siglo XVI al XVIII el conjunto de valles pirenaicos formaron algo así como una confederación de pueblos sin Estado, capital ni gobierno formada por los distintos valles de éste y del otro lado de la frontera. Esta formación política es original pues no se han encontrado formas semejantes en ningún otro macizo montañoso. En efecto, los valles disfrutaban de una amplia autonomía, tenían relaciones fluidas entre sí e incluso mediaban en la solución de conflictos, tal como sucedió con el tratado de paz entre los valles de Roncal y Baretous auspiciado por seis hombres buenos de Ansó. Esta original organización política continuó funcionando después de la Paz de los Pirineos de los siglos XVI y XVII e incluso tras los tratados de límites del XIX. Pues bien, esa compleja y singular realidad pirenaica fue estrangulada a finales del XIX con la invención del Pirineo en términos de objeto y con la construcción de una realidad acorde con dicha idea.

HÍBRIDOS URBANO-RURALES

Hasta aquí he explotado y radicalizado tres importantes ideas del *Manifiesto por la Dignidad de la Montaña*: la denuncia del intercambio desigual entre la ciudad y la montaña, la crítica de la concepción de la montaña en términos de objeto y la apuesta por la creación de una montaña que sea sujeto. Sin embargo, no es suficiente. Es necesario hacer referencia también a los redactores del texto. Se trata de la Asociación Río Ara. En ella nos encontramos socios y activistas que no son (eran) muy diferentes a los que forman otras asociaciones antipantano.

22. MASCARAY Bienvenido, *El misterio de la Ribagorza*, Gráficas Alós, Huesca, 2000.

23. PLA CID Antonio, "Mediano y La Fueva. Un posible 'fundus' romano. Otras consideraciones", en *Sobrarbe*, 4, 1998, pp. 157-204.

24. GORRIÁ IPÁS Antonio Jesús, *El Pirineo como espacio frontera*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995.

En primer lugar, llama la atención la alta proporción de jóvenes y de mujeres que nos encontramos en esas asociaciones. Es cierto que en los nuevos movimientos sociales, a diferencia de lo que sucede en los partidos políticos, los jóvenes y las mujeres parecen estar más cómodos. Sin embargo, en estos movimientos concretos la singular composición llama más la atención pues el viejo orden rural contó muy poco con esos dos colectivos. Por lo tanto, los pueblos se están reanimando a la par que los jóvenes y las mujeres se liberan. Esto es, sin lugar a dudas, una muy buena noticia.

Por otro lado, los activistas son gentes que, en general, podríamos calificar de urbano-rurales pues en ellos se mezcla esa doble condición. En efecto, si tenemos en cuenta su profesión ninguno de ellos tiene mucha relación con las actividades económicas tradicionales. Hay, en cambio, administrativos, profesores y maestros, trabajadores sociales, gentes dedicadas a la protección de la naturaleza, empresarios vinculados al negocio de los deportes de aventura, etc. Estas gentes desempeñan trabajos que encarnan las profundas transformaciones de la montaña. Lo mismo se puede concluir si prestamos atención a la residencia. En unos casos nos encontramos con que hay gente nacida en la ciudad que ha ido a vivir temporal o definitivamente a la montaña. También es posible ver a nativos montañeses que se han formado e incluso trabajan y residen habitualmente en la ciudad pero que aprovechan cualquier ocasión para volver al pueblo en el que quizás todavía estén empadronados. Y hay también nativos montañeses que han nacido y residen en la montaña pero después de haber tenido una larga estancia en la ciudad.

De las muy distintas clases de híbridos que he mencionado los mejor investigados son los que han nacido en la ciudad y han ido a residir a los pueblos. No es un fenómeno significativo en términos cuantitativos pues el saldo migratorio de los pueblos es claramente negativo. Sin embargo, las investigaciones comienzan ya a considerarlo. En Euskadi, por ejemplo, 1 de cada 10 nuevos residentes rurales ha llegado recientemente al municipio.²⁵ Tiene un mayor nivel cultural y económico, disfruta de mayor estabilidad laboral y sus actividades suelen estar centradas en el sector terciario. La buena red de comunicaciones que hay en Euskadi ha facilitado que, entre

25. CAMARERO Luis A. y OLIVA Jesús, “La ruralidad en la sociedad itinerante: Breve panorámica de la ruralidad vasca”, en *Inguruak*, 25, 1999, pp. 125-137.

estos neorrurales, haya un 20% de individuos de alta extracción social (algunos son grandes empresarios) que viven en municipios de escaso tamaño.

En Sobrarbe a algunos de esos neorrurales híbridos los nativos de los pueblos los suelen llamar “jipis” y su relación con ellos no es del todo buena. Los primeros llegaron cargados de ideología y utopía en los años sesenta y setenta pero pocos de ellos estuvieron mucho tiempo. Una segunda generación de neorrurales llegó en los ochenta y noventa. Entre ellos hay neocampesinos y neoartesanos. Pero también hay quienes se vinculan a actividades terciarias, relacionadas con el turismo, y jubilados. Los especialistas suelen distinguir entre esta última generación de neorrurales cinco clases según sea su integración en el hábitat rural.²⁶ Por un lado están los “pasotas automarginados” y aquellos que trabajan en hábitats urbanos cercanos. Estos dos grupos no están integrados en el mundo rural. Viven en gran medida al margen de él y cultivan valores urbanos. Sin embargo, hay tres grupos más. Gente que trabaja fuera pero está integrada, otros que trabajan y están integrados sin más en los pueblos y finalmente están quienes se han convertido en impulsores de actividades nuevas. Estos tres últimos grupos, urbano-rurales auténticos, son los responsables de algunos de los más importantes cambios que están experimentando los pueblos.

Volvamos a los activistas antipantano. El núcleo duro lo forman gentes que se pueden encuadrar en alguno de los tres últimos grupos. Tienen pues una posición claramente híbrida. Y lo que ha facilitado la imaginación y redacción del manifiesto son unos valores que tienen que ver con esa conjunción de lo urbano y de lo montañés que encarnan. En concreto, parece haberse tomado de la ciudad el valor de la participación ciudadana, tal como es interpretado por el activismo político de izquierdas (más exactamente de los nuevos movimientos sociales) y la visión romántica de la naturaleza, los hábitats rurales y las antiguas costumbres. Los dos valores son genuinamente urbanos. El primero forma parte de la cultura de contestación política alumbrada en las ciudades desde los orígenes de la modernidad. El segundo nace del cansancio respecto a la civilizada ciudad y la consiguiente mirada romántica proyectada sobre los pueblos y la naturaleza. Lo montañés que ha sido codificado según esos valores urbanos es simple y llanamente la experiencia de la vida en la montaña según la siente uno mismo y/o la ve en las gentes con las que trata.

26. GARCÍA RAMÓN María Dolors, TULLAS I PUYOL Antoni F. y VALDOVINOS PERDICES Núria, *Geografía rural*, Síntesis, Madrid, 1995.

Esa síntesis urbano-rural ha permitido a la montaña hacerse visible y narrable de un modo distinto a como se ha hecho hasta ahora. Pero esa síntesis muestra también, y sobre todo, dos maneras distintas de relacionarse lo urbano y lo rural. Si para el punto de vista clásico, el que concibe a la montaña en términos de objeto, la relación es jerárquica y está basada en la explotación, tras el que proponen los activistas antipantano hay una relación más basada en la mezcla.

Sin embargo, esto no quiere decir que con el nuevo discurso de los neorrurales la montaña se haya presentado tal y como es. También ha sido re-presentada y, por lo tanto, violentada. Esto se debe a que los códigos utilizados para interpretarla y traducirla son aún, en su mayor parte (en su gramática concretamente), urbanos. Quiere esto decir que en textos como el Manifiesto por la Dignidad de la Montaña, en músicas y canciones como las que interpreta la Ronda de Boltaña y en estudios como los de Pla, Mascaray y Gorriá Ipás la montaña se ve de un modo distinto pero sigue ocultándose. Es y no es lo que se dice de ella. Se deja ver algo más pero está también más allá. Estas nuevas élites, a la vez y al mismo tiempo, liberan y deforman lo montañés. Por eso convendría reconocer que de la montaña no se puede decir todo. Siempre quedará un resto intraducible, irrepresentable. Eso que excede el orden del discurso es la *montañeidad*.

LA ENCRUCIJADA

Los pueblos en general y los de los Pirineos en particular se encuentran en una encrucijada. La vieja lógica moderna, tan nefasta para los pueblos, parece estar cediendo el paso a otra lógica, más benévola, que tiene que ver con un nuevo orden social. Podemos denominarla “postmodernización”. En lugar de basarse en la explotación de los pueblos parece apostar por la simetría y la cohabitación. Esta nueva lógica no sólo es mejor para los pueblos. También a las ciudades les puede ayudar a evitar el suicidio. Sin embargo, no todo es tan sencillo. Si bien algunos aspectos del nuevo orden parecen apuntar a ese escenario de relaciones horizontales, otros parecen abundar en la vieja lógica moderna.

La postmodernización tiene su origen en las ciudades y se caracteriza por la aparición de una nueva sociedad en la que las actividades industriales son menos importantes que las postindustriales. Con este cambio, la lógica de la explotación y degradación de la naturaleza tenderá a desaparecer. Esto

es debido a que las energías y materias obtenidas de la naturaleza son hoy económicamente menos importantes que, por ejemplo, el conocimiento, el factor productivo emblemático de las sociedades postindustriales. En el terreno demográfico, aunque las ciudades siguen creciendo y los pueblos continúan perdiendo población, se está produciendo un goteo constante de población urbana que ha fijado definitiva o temporalmente su residencia en los pueblos. Además, las ciudades ya no necesitan la mano de obra proporcionada por los pueblos pues parecen preferir a los extranjeros. A estos cambios estructurales está acompañando otro muy importante relativo a los valores.²⁷ Los viejos valores materialistas que enfatizaban la seguridad y el bienestar económico están siendo sustituidos por otros postmaterialistas que apuestan, entre otras cosas, por la calidad de vida.²⁸ Si en el plano económico-demográfico las ciudades son ya menos agresivas con los pueblos, en el plano de los valores pasa algo parecido.

La postmodernización abre dos escenarios. Por un lado, aunque los pueblos dejan de ser objeto de explotación no alcanzan la posición de sujetos pues son considerados como objetos de disfrute y protección estética. Más exactamente estamos ante pueblos simulados, producidos por las distintas administraciones para atraer turistas. El problema es que la supervivencia e incluso el crecimiento económico que aporta el turismo de masas trae inevitablemente consigo la degradación social y cultural de los pueblos. En efecto, con el turismo los pueblos asumen su condición de objetos de disfrute y se entregan como tales al *urbanita* que los visita. Es cierto que también los nativos aprovechan para subirle los precios todo lo que pueden. Sin embargo, el que los habitantes de los pueblos inviertan el poder de objetivación en su favor, aunque pueda reportarles mejores ingresos, no dice nada bueno de la relación entre los pueblos y la ciudad. Los nativos de uno y otro hábitat sólo parecen verse el uno al otro como objetos. El problema es que esta relación ha sido institucionalizada por la Administración al dedicar tanto esfuerzo y

27. INGLEHART Ronald, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid, 1991.

28. Según el Censo del 2001 el primer problema para los españoles es la falta de zonas verdes (lo cita el 35,9% de los censados), mientras que la delincuencia y el vandalismo ocupan el cuarto lugar del ranking de preocupaciones (21,5%), por detrás de la suciedad de las calles (31,8%) o los ruidos (30%) y ligeramente por encima de la contaminación (18,8%). Da esto a entender que, efectivamente, los valores postmaterialistas ganan a los materialistas.

presupuesto a revitalizar “turísticamente” los pueblos del Pirineo. Esta “solución”, aunque a corto plazo pueda resultar económicamente muy rentable, a largo plazo es cultural y socialmente nefasta.

El otro escenario que se abre con la postmodernización es distinto. Tiene un carácter instituyente, pues no es impulsado o tutelado por la Administración ni el mercado sino por las gentes. Se caracteriza también por facilitar una unión o mezcla no jerárquica entre los pueblos y las ciudades. Ya hemos visto su importancia en los movimientos antipantano. También tiene que ver con las visitas y estancias no turísticas que protagonizan los urbanos. Algunos son antiguos vecinos, otros son sus descendientes pero también los hay que nunca tuvieron vínculo con el pueblo y, tras descubrirlo, se las ingeniaron para convertirlo en su segunda residencia. Estos híbridos tienen la virtud de mejorar no el nivel de renta, como hace el turismo, sino la sociabilidad misma. Este otro visitante no busca paisajes ni costumbres extrañas sino que parece preferir el trato humano y el estilo de vida de los pueblos. Como contrapartida, los habitantes del pueblo celebran esa visita y disfrutan de ella. Todo indica que estamos pues ante un modo de relación entre las ciudades y los pueblos distinto al que trae consigo el turismo. No hay distinción ni jerarquía sino más bien mezcla, cohabitación.

Si el turismo de masas se centra en paisajes y arquitecturas interesantes este otro tiene como epicentro la fiesta del verano. Aquél es evaluado estratégicamente desde un punto de vista económico mientras que este otro es simplemente experimentado en su gratificante dimensión social. Aquél tiende a dejar que lo propio se valore en términos de objeto y a ver al otro también como un objeto mientras que este otro turismo fomenta una relación más igualitaria entre sujetos. Finalmente, si el turismo de masas trata con una realidad simulada, el residente de verano experimenta una realidad que contribuye conscientemente a producir.

Está claro. El segundo estilo de relación es más saludable. No sólo para los pueblos. También a los *urbanitas* que lo practican puede servirles para producir otro tipo de combustible espiritual y evitar que sus ciudades se aparten del camino al suicidio. Pero para ello será necesario que cultiven también allí, en las ciudades, la hibridación. ¿Cómo?

Si se da por cierto que hay una mezcla o hibridación entre un componente experiencial, la *montañeidad*, y ciertas gramáticas o códigos urbanos, no

sería arriesgado suponer que tal mezcla, además de en los pueblos, es posible encontrarla en las ciudades. Si la primera mezcla tienden a catalizarla principalmente, que no exclusivamente, los que vienen de las ciudades o estuvieron un tiempo más o menos largo en ellas, la segunda mezcla la activan casi exclusivamente los que emigraron de los pueblos pues las ciudades no han sabido mantener muy vivo en la modernización y postmodernización lo que de pueblo tuvieron dentro o al lado originalmente tales hábitats. Ahora bien ¿en qué ámbitos es posible encontrar esas mezclas urbano-rurales que han catalizado gentes oriundas de los pueblos?

Dado que la *montañeidad* es del orden de la experiencia, para expresarse necesariamente ha debido apoyarse en las muy distintas clases de códigos que inventan las ciudades. Pues bien, de lo que se trataría es de ver en los discursos y praxis urbanas, más allá de los códigos, la huella de los pueblos, la huella de la montaña. Este descubrimiento del inconsciente montañés que late por debajo de productos que en apariencia son genuinamente urbanos es difícil pues debe realizarse a partir de un conocimiento profundo de tales productos. Pero además es necesario que quien realice esos análisis tenga bastante *montañeidad* encima y sea capaz de intuir detrás de tal o cual rasgo algo similar a lo que siente.

En mi caso, dado que, además de oriundo de la montaña, soy sociólogo, es obvio que el mejor ámbito en el que puedo descubrir mezclas e hibridaciones es en mi propia disciplina, la sociología. Pues bien, creo que hay tres sociólogos nacidos en los Pirineos y reconocidos en el ámbito mundial que son un buen ejemplo de esta hibridación. Los tres han marcado poderosamente esta disciplina desde la que hablo. Curiosamente, cuando conocí sus trabajos yo no sabía que fueran o se reclamaran como pirenaicos. Sin embargo, sí sucedió que desde el primer momento me atrapó su obra y mantengo muy viva esa influencia. Tales sociólogos son oriundos del Bearn, desarrollaron toda su labor intelectual en París y su obra perdurará mucho tiempo. Los tres personajes, ya fallecidos, son Henri Lefebvre, René Lourau y Pierre Bourdieu.²⁹

No estaría nada mal que los híbridos urbano-rurales que están reinventando la montaña en términos de sujeto se inspiraran en gentes que se fueron de los pueblos a la ciudad llevando la *montañeidad*, real o figurada, consigo. También

29. Véase BERGUA José Ángel, *Los Pirineos y el conflicto del agua*, Iralka, Donostia, 2003, pp. 163-176.

sería deseable que las mismas ciudades aprendieran de la *montañeidad* que llevan consigo esos híbridos.

En definitiva, el nuevo orden turístico, basado en las mismas relaciones jerárquicas entre las ciudades y los pueblos que cultivó la modernidad, tiene como contrapartida una lógica basada en la mezcla e hibridación no jerárquicas entre lo urbano o lo rural. Ambos escenarios tienen hoy una misma base: la economía postindustrial y los valores postmaterialistas. Que estos importantes cambios perpetúen lo peor de la modernidad o traigan consigo una nueva era es responsabilidad de las gentes, no de los estados. Estas gentes deben cultivar la mezcla de la *montañeidad* con distintos componentes urbanos. Deben permitir que la *montañeidad* hable a través de las ciencias, las políticas, las artes y las religiones. Esto debe hacerse en los pueblos y en las ciudades.

CONCLUSIÓN

De todo lo expuesto a propósito del conflicto ciudad/montaña se deduce que no es sólo de pantanos de lo que quisieran hablar los activistas antipantano. Del mismo modo que los ecologistas solicitan la firma de un nuevo contrato natural que reconozca como parte activa a la naturaleza y del mismo modo también que cierto aragonesismo demanda la firma de un nuevo contrato o la interpretación del existente, la Constitución, para que se reconozca capacidad de decisión y soberanía a Aragón, también los activistas antipantano manifiestan con sus protestas la necesidad de firmar un nuevo contrato entre las ciudades y los pueblos de las montañas en el que éstos puedan ser, cultural y políticamente, sujetos.

Ahora que este camino ha comenzado a ser andado quizás fuera necesario abrir más sendas. Por ejemplo, del mismo modo que los ecologistas y los nacionalistas se toman la libertad de hablar de los pueblos según los interpretan desde la defensa que hacen de la naturaleza y la nación, también los activistas antipantano debieran hablar de la naturaleza y de las naciones según son interpretadas desde la experiencia de vivir en los pueblos.

De todas formas, para transitar por esa y otras sendas hay un problema. Las nuevas élites urbano-rurales, aunque lo hayan intentado, ya hemos comprobado que no saben muy bien qué es exactamente la montaña de la que hablan. Tampoco la interpretación propuesta aquí lo ha aclarado mucho. Sin embargo, esto no debe ser un obstáculo pues tampoco los aragonesistas tienen

una idea del todo clara acerca de qué pueda ser exactamente lo aragonés que defienden ni los ecologistas conocen del todo lo natural que representan. Sin embargo, en mi opinión, esas alteridades que nunca consisten del todo en lo que sus representantes o los analistas dicen de ellas van manifestándose y tomando cuerpo en sus discursos a medida que se va luchando. De modo que gracias a conflictos como el del agua se pueden inventar más partes de lo natural, lo aragonés y lo montaños.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROJO Pedro y NAREDO José Manuel, *La gestión del agua en España y California*, Bakeaz y Coagret, Bilbao, 1997.
- BERGUA José Ángel, *Los Pirineos y el conflicto del agua*, Iralka, Donostia, 2003.
- BIARGE Fernando (ed.), *Pirineistas franceses*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 2001.
- BURKE Peter, *La cultura popular en la Europa Moderna*. Alianza, Madrid, 1991.
- CAMARERO Luis A. y OLIVA Jesús, “La ruralidad en la sociedad itinerante: Breve panorámica de la ruralidad vasca”, en *Inguruak*, 25, 1999, pp. 125-137.
- CERNEA Michael y KANBUR Ravi, “An exchange on the Compensation Principle in Resettlement”, en *Working Paper*, 2002-33, Cornell University, Department of Applied Economics and Management, 2002.
- CUESTA José María, *La despoblación del Sobrarbe. ¿Crisis demográfica o regulación?*, CEDDAR, Zaragoza, 2002.
- ELIADE Mircea, *Herreros y alquimistas*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- GARCÍA RAMÓN María Dolores, TULLAS I PUYOL Antoni F. y VALDOVINOS PERDICES Núria, *Geografía rural*, Síntesis, Madrid, 1995.
- GELLNER Ernest, *Naciones y nacionalismos*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- GORRÍA IPÁS Antonio Jesús, *El Pirineo como espacio frontera*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995.
- IBÁÑEZ Jesús, “Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad”, en *Política y Sociedad*, 8, 1991, pp. 95-100.
- INGLEHART Ronald, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid, 1991.
- JULLIEN François, *La propensión de las cosas. Para una historia de la eficacia en China*, Anthropos, Barcelona, 2000.
- LEFEBVRE Henri, *Pyrénées*, Editions Cairn, Pau, 2000.
- MASCARAY Bienvenido, *El misterio de la Ribagorza*, Gráficas Alós, Huesca, 2000.
- PLA CID Antonio, “Mediano y La Fueva. Un posible ‘fundus’ romano. Otras consideraciones”, en *Sobrarbe*, 4, 1998, pp. 157-204.
- RIFKIN Jeremy, *La economía del hidrógeno*, Paidós, Barcelona, 2002.
- SERRES Michel, *El contrato natural*, Pre-Textos, Valencia, 1991.
- TRÍAS Eugenio, *Lo bello y lo siniestro*, Ariel, Barcelona, 1998.
- WILLIAMS Raymond, *El campo y la ciudad*, Paidós, Barcelona, 2002.